

Llovía. Llovía de una forma acompasada y rítmica, como si el agua que caía del cielo fuese una canción triste compuesta a partir de unas notas dolidas. Pero no era solo lluvia, lo que afligía el ambiente era un sinfín de lágrimas contagiosas que resbalaban por los rostros de las personas, cuyos familiares habían perecido o habían sido capturados y llevados lejos de sus hogares, de los suyos. Nadie escapaba de ese infortunio, el resto de la población padecía una amalgama de hinchazones, heridas y dolores. El atardecer arribó a aquellos parajes cuya desolación era ahora visible. El color anaranjado del sol se abría paso a través de las rendijas vaporosas que se formaban entre las nubes, dibujando un lienzo peculiar y hermoso. Esa hora de metamorfosis, era el momento en que la tristeza que se escondía en la privacidad de cada una de las casas de las villas y urbes de los condados se hacía más evidente. En especial, el llanto se manifestaba con mayor intensidad en la ciudad de Barcelona, cuyos hechos acontecidos pocas semanas atrás le adjudicaban un protagonismo involuntario. A pesar de la congoja, durante las horas de luz se intuía una sonrisa esporádica fruto de algún encuentro amistoso entre dos o más personas. Pero al caer la noche, cuando todos los habitantes se reclinaban alrededor de la lumbre comunal de sus viviendas, el recuerdo aterrador regresaba al presente.

Lo más lamentable no era la pérdida definitiva de los seres queridos. Aunque el fallecimiento de un familiar o amigo era un hecho trágico, los muertos eran cuerpos inertes pues, según las férreas convicciones religiosas, las almas ascendían al cielo para permanecer al amparo de Dios. Lo que a la gente le provocaba una mayor amargura, sin olvidarse de los heridos que gritaban durante la noche, era desconocer el destino de los desaparecidos. Personas que fueron apresadas con fiereza por las tropas

musulmanas y conducidas a Al-Ándalus en calidad de cautivos. Una vez allí, podían solicitar una suma cuantiosa de mancusos¹ como rescate o ser vendidos como esclavos. Las horas nocturnas parecían no tener fin para los habitantes de los condados. Sobre todo, para los que residían en Barcelona o los que pernoctaban en su interior desde hacía varias jornadas, incluso para quienes el ataque musulmán les sorprendió cerca de las murallas protectoras. Maldecían su mala suerte. Tuvieron la idea, justificada en aquellos trepidantes días, de dirigirse a la urbe con la esperanza de ponerse bajo su protección. Eran conscientes de que el ataque sería inminente, en particular después de conocer la noticia acerca de la retirada del ejército cristiano en la batalla de Rovirans, que finalizó con la huida del conde Borrell II y parte de su tropa para agruparse y atacar de nuevo. El resto de los soldados y nobles heridos regresaron a la ciudad. La preocupación marcada en sus rostros se contagiaba a los demás habitantes.

A pesar de haber transcurrido tres semanas desde la irrupción de los musulmanes por el enclave de Aladins² y de su regreso a Al-Ándalus, todavía se manifestaban las consecuencias del asalto. No solo las propiciadas por la destrucción de viviendas, iglesias y otras construcciones, sino por los efectos que tuvieron en cada habitante de la localidad. Las secuelas aún eran visibles en sus cuerpos enfermizos, en sus miradas perdidas y en sus movimientos torpes. La incursión y el saqueo fueron de tal envergadura que el hecho en sí quedaría grabado para siempre en la memoria de los que las sufrieron, aunque la superación de la tragedia llegase tarde o temprano.

Seguía lloviendo con mayor intensidad. Las gotas de agua mojaban las callejuelas y plazas de Barcelona, llevándose consigo gran cantidad de suciedad y otros restos. Vestigios de

¹ Moneda propia del Condado de Barcelona.

² Paso ubicado entre el Castillo de Regomir y la Torre Ventosa. Lugar por donde entró Al-Mansur.

carne, pescado ahumado, frutas, verduras y viandas podridas eran arrastradas por la corriente. De igual modo, el agua también acarrea algunos retales de ropa, incluso algunos vestidos que pertenecían a hombres y mujeres de edad desigual. Muchas víctimas escaparon de sus hogares con lo puesto, en su huida fueron golpeadas y atropelladas sin miramientos por otros vecinos que también ansiaban la salvación mientras se rasgaban las vestiduras y se peleaban entre sí. Por todas partes afloraban una gran cantidad de despojos en medio de los cadáveres que compartían espacio con los vivos.

En una callejuela cerca del Castillo Viejo³, debajo de un pórtico medio destruido, Bernat estaba en compañía de su esposa Duoda y su hijo Galcerán. Se hallaban recostados sobre una montaña de escombros, que se había originado al derrumbarse el muro después del impacto de los pedruscos lanzados por las catapultas musulmanas durante el asedio. Fueron muchas las piedras disparadas con el propósito de causar el mayor daño posible. Se apreciaban en el interior destrozado de los hogares y en las calles de la urbe; también se percibía el rastro de varios fuegos ocasionados en su momento por las balas de paja en llamas. Sus rostros desencajados reflejaban el terror y la impotencia que sintieron durante el ataque. A causa de su vestimenta sucia y deshilachada se tapaban con una manta que habían robado días atrás al cadáver de un hombre mayor. Los tres repasaban los sucesos acontecidos durante aquellos trágicos seis días de principios del mes de julio.

—Ponte a resguardo Duoda y cúbrete con la manta —susurró Bernat a su esposa al comprobar que temblaba de frío, a pesar de que era verano.

Llevaba enferma varias jornadas. Él estaba convencido de que no solo había adolecido por causas físicas, pues creía con firmeza que su malestar empezó el día en que no tuvieron más

³ *Castrum Vetelum*. Una de las entradas a la ciudad de Barcelona.

remedio que entregar a su hijo pequeño Ponç, de siete años, al servicio del monasterio de Santa María de Ripoll del que eran siervos desde hacía más de un lustro. La decisión fue difícil de tomar. Duoda, entre llantos surgidos por su cariño materno, vio alejarse para siempre a su hijo. El único consuelo que atemperaba su dolor era que entre los muros del templo el pequeño recibiría una educación que ella jamás le podría ofrecer.

—Sí, este tiempo lluvioso está acabando conmigo —contestó Duoda con un hilo de voz—. Tápate tú también Galcerán, hijo mío...

—Gracias madre, pero no os preocupéis por mí, quien debe cuidarse sois vos —dijo mientras se secaba la cara con la mano, dejando entrever sus numerosas pecas.

El muchacho se entristeció, a pesar de sus dieciocho años y una corpulencia fruto de las arduas tareas agrícolas que realizaba a diario con su padre. No creía que fuese testigo en esos momentos de los últimos días de vida de su madre. Sin embargo, sí entendía que las dolencias las llevaría pegadas como una sombra durante el resto de su existencia. Al igual que su padre, estaba seguro de que las razones del agotamiento eran sobre todo psíquicas. Durante las jornadas siguientes al ingreso de Ponç en la vida cenobita, Duoda permaneció en cama aquejada de fiebres altas. Su débil estado provocó que las faenas que ejercía con diligencia las tuviera que dejar en manos de su esposo e hijo. Por ello ambos se vieron obligados a desatender los trabajos campestres. Bernat advertía que la falta de alimentos no tardaría en hacerse notar, tanto la parte reservada al consumo personal como la que destinaba al cenobio en calidad de renta. Fue entonces cuando decidió encaminarse con su familia a Barcelona para hacer acopio de víveres. Lo único que le disgustaba de ese plan era que su mujer no estaba en condiciones de realizar semejante viaje. Aun así, era consciente de que ella no podía quedarse sola. A finales del mes de junio, subidos a una carreta tirada por dos bueyes, arribaron a la ciudad con la intención de permanecer una sola jornada. Lo que vieron al llegar no lo

olvidarían nunca y fue causa inequívoca del empeoramiento de Duoda.

* * *

Los niños gritaban a causa del desconcierto y por ver reflejado el miedo en los adultos, ya fuesen sus padres, otros familiares o incluso desconocidos que corrían de un lado a otro buscando protección. Entre la multitud muchos perdieron a sus seres queridos. Al principio los buscaron durante horas, pero luego empezaron a ocuparse de ellos mismos. Los habían abandonado a su suerte, a la espera de que algún alma caritativa los acogiera en el seno de su familia. Los musulmanes tenían sitiada la urbe y habían rodeado la muralla con el propósito de impedir el acceso a cualquier persona a través de las cuatro entradas principales.

Bernat y su familia cruzaron los controles poco antes de que ya fuese imposible adentrarse en el interior de la ciudad. Durante las horas diurnas se escondieron entre una arboleda frondosa situada a las afueras de la muralla. Habían sido testigos de lo que ocurría a extramuros protegidos por la baja vegetación y las copas espesas de los árboles. Los arqueros musulmanes disparaban las flechas con maestría, el número de bajas empezaba a ser importante entre los cristianos a pesar de sus esfuerzos por defenderse. Los habitantes que no cruzaron las distintas puertas de entrada se agolpaban al pie de la muralla. Su conducta era alocada, se empujaban entre sí. Los hombres se peleaban, usaban espadas y herramientas agrícolas en función de su condición. De los rostros brotaban regueros de sangre provocados por las heridas en cejas, pómulos y labios. A su vez, los nudillos se tornaban rojizos por los golpes proporcionados a sus víctimas. Por su parte, las mujeres se tiraban de los pelos y se arrancaban varios mechones. Unas a otras se rasgaban los

vestidos para que todos vieran sus cuerpos. Su propósito era dejar al descubierto los senos de sus adversarias, ya que por pudor las víctimas se los tapaban con las manos, siendo ese el momento idóneo para arrojarlas al suelo. Entonces se formaba un corrillo a su alrededor, cuyos integrantes las pisoteaban para que acabaran en manos del destino.

Para Bernat, Duoda y Galcerán la noche era el único periodo en que podían arriesgarse a entrar en la ciudad. Los ataques se reducían casi hasta desaparecer y la vigilancia se superaba sin grandes dificultades. En silencio se encaminaron hacia las murallas para hallar algún pequeño acceso situado al margen de las puertas principales. Su idea era cruzar los altos muros a través de algún desprendimiento de piedras causado por las catapultas, si el agujero era lo suficientemente amplio podrían pasar por él. Por desgracia tuvieron que abandonar el carro y los dos bueyes, pues si ya era arriesgado adentrarse en la ciudad a pie, hacerlo junto a un carro tirado por animales era imposible. Bernat lamentó hacerlo porque los bueyes eran muy costosos, pocas familias campesinas se lo podían permitir. Aun así, sabía que hacía lo correcto y solo cogió varias pertenencias y algunos mancos de plata y oro con el propósito de comprar los víveres necesarios. Asimismo, era consciente de que no sabía con exactitud cuándo y cómo iban a regresar. Sobre todo, le preocupaba el cómo, pues la única opción que les quedaba era robar una mula para transportar las provisiones adquiridas y tres caballos para su montura.

La tensión aumentaba a medida que se acercaban a la muralla. No solo albergaban preocupación por ser descubiertos por algún descuido, lo que más les inquietaba era verse sorprendidos por un musulmán próximo a su posición. Tuvieron suerte porque los soldados estaban agotados después de los ataques diurnos, dormían plácidamente a la espera de un nuevo amanecer y reanudar la ofensiva. El guardia más cercano a su posición presentaba síntomas de cansancio, lo único que percibió fue un breve ruido sin apenas importancia. En el interior de la ciudad,

Bernat cavilaba que todo iría a mejor y que ya no les sucedería nada malo. Antes de entrar los tres temían por encontrarse fuera, pero el peligro también se hallaba una vez traspasados los muros, entre los habitantes de la ciudad y los recién llegados.

—¡Eh, tú! ¡Dame todo lo que llevas en ese costal o te saco las tripas ahora mismo! —gritó Ramón, un hombre de mediana edad con muestras evidentes de embriaguez—. ¡Ya me has oído, no te lo voy a repetir!

Se le intuía una gran fuerza por su físico corpulento adquirido gracias a trabajos en los que debía cargar cajas y baúles. Su reputación era conocida por la población, su mala fama aumentaba cada vez que sucumbía otra de sus víctimas. Desde hacía meses nadie quería enfrentarse a él porque tenía todas las de perder. En la mano izquierda sujetaba una jarra con vino de fuerte aroma y en la derecha asía un puñal que intimidaba a Bernat. Debido a la ingestión desmesurada de vino el ladrón movía la mano con brusquedad. Le gustaba comer sin reparo y la tentación de la gula era habitual en él. Años atrás, cuando su afán por ingerir gran cantidad de alimentos empezaba a ser un problema por ser pecado, se dirigía a una iglesia a redimirse y así albergar la paz de Dios. Después de conversar con el clérigo y efectuar las oraciones pertinentes para obtener el perdón, su estado animoso le hacía volver a las andadas. Al día siguiente de cometer el pecado se encaminaba hacia otro templo para ser redimido de nuevo. Al principio, los religiosos le facilitaban la labor de expiación por convicción, pero al comprobar que volvía a las andadas ya no le dejaban confesarse, estaban convencidos de que solo Dios podía perdonarle. Desde entonces hacía lo que le apetecía, malvivía en las calles o en alguna taberna de escasa reputación. Cuando los musulmanes iniciaron el asedio a la ciudad vio un medio de lucrarse fácilmente, nadie en su sano juicio se opondría a su portentoso físico y empezó a asaltar a quien se le pusiera por delante.

—¿Cómo?... ¿Qué quieres?... —dijo Bernat, contrariado. Estaba sorprendido por su repentina aparición—. ¡Déjanos en paz, no te hemos hecho nada!

—¡Que me entregues el saco o te dejo tieso! —contestó Ramón. Movía el puñal y bebía un buen trago de vino. Era la primera vez en mucho tiempo que nadie se había atrevido a llevarle la contraria.

La víctima procuraba mostrar entereza. Los nervios afloraban hasta el punto de querer atacar a su asaltante, aun así, no quería arriesgarse a hacer algo que pusiera en peligro a su familia. A sus cuarenta y ocho años había vivido algunas experiencias poco satisfactorias. No se consideraba un cobarde, pero amaba demasiado la vida como para querer que terminara en ese instante a manos de un borracho miserable.

—Ten y déjanos marchar... —dijo mientras tragaba saliva, resignado. Sin dilatar más la incómoda situación le entregó el fardo mientras le maldecía en susurros.

El asaltante mostró una sonrisa de triunfo mientras guardaba el arma y cogía la bolsa. Se dio media vuelta y soltó una carcajada tras comprobar su contenido. Poco después era una sombra perdida en medio de las calles de Barcelona, al acecho de otra víctima inocente.

Por su parte Duoda, de treinta y ocho años, seguía asustada por lo ocurrido. Su enfermedad le impedía mostrar una fortaleza que apenas conservaba. Su dolencia agravaba cualquier síntoma de preocupación, pero en ese caso el sobresalto era auténtico ya que temió por la vida de su esposo. A su lado permanecía Galcerán con el rostro compungido. A pesar de su juventud tampoco pudo hacer nada para proteger a sus progenitores. Se maldecía por su falta de respuesta, al igual que su padre era una persona decidida y valiente, pero ni siquiera su fuerza le había servido de mucho porque alguien con un arma tenía ventaja sobre cualquiera que no tuviera ningún objeto para defenderse.

La mirada de los tres mostraba tristeza. Aparte de sus vestimentas y los mancusos que guardaba Bernat a buen recaudo entre sus ropas no poseían nada más. Llegaron a la ciudad con la intención de permanecer una jornada, máximo dos, para abastecerse de género y regresar lo antes posible a su explotación agraria próxima a Ripoll. Sin embargo, el destino les jugó una faena y los introdujo de lleno en una disputa entre cristianos y musulmanes. Temían por su propia existencia, ya que en la urbe no conocían a nadie que les pudiese ayudar. Se hallaban de paso y ahora estaban obligados a permanecer varias jornadas jugándose la vida a cada paso.

Durante las siguientes fechas, el asalto a las murallas de Barcelona fue creciendo en intensidad con el propósito de abrir un boquete que permitiera acceder en el interior de la ciudad. Los arqueros musulmanes continuaron disparando sus flechas, pero su ventaja se entendía por el uso de máquinas de guerra. A lo largo del perímetro del muro exterior se agrupaban un gran número de torres y escaleras por donde subían los aguerridos soldados que vitoreaban arengas. Con la cimitarra en mano y las protecciones de hierro se disponían a luchar cuerpo a cuerpo con sus adversarios. Las catapultas lanzaban piedras y balas de paja flamígeras que viajaban por el aire a gran velocidad hasta caer encima de los tejados de las casas y los muros laterales. A causa del impacto se originaban infinidad de incendios que producían gran pavor entre los residentes. Todos los ilesos o heridos leves salían a la calle y clamaban al cielo en busca de una respuesta, luego corrían desorientados entre las ruinas. No sabían a dónde dirigirse ni qué dirección tomar. En un primer instante de lucidez, algunos se encaminaron hacia las iglesias con el propósito de hallar la protección divina, pero la morada de Dios también era un blanco de las agresiones. Los refugiados se abrazaban con fuerza y rezaban entre sollozos. El resto corrían despavoridos de un lado a otro, pues habían decidido permanecer en las calles en busca de algún rincón para ocultarse. En su avance empujaban al suelo a quienes se interponían en su

camino y eran pisoteados por la multitud, después de unos instantes de agonía morían asfixiados.

Los nobles de mayor relevancia —entre ellos el vizconde Udalard, que estaba al mando de la defensa de la ciudad por la ausencia del conde Borrell II— intentaban organizar la turba humana integrada por los supervivientes, y dirigir palabras reconfortantes a los soldados que preveían como inevitable la lucha a espada.

—¡Tú tienes más comida que yo! ¿Cómo es posible? —Un hombre se quejó al comprobar que en su escudilla la cantidad era menor.

—¡No es verdad! ¡Ni se te ocurra coger mi ración! —contestó su opositor mientras intentaba no quedarse sin alimento.

Ambos se enzarzaron en una pelea que acabó con los cuencos por el suelo.

A raíz del bloqueo de suministros efectuado por los musulmanes los alimentos escaseaban, por ende, las raciones tuvieron que repartirse con un mayor criterio de equidad. Aun así, la parte otorgada a cada persona era insuficiente para pasar todo el día. Con prontitud los habitantes de la ciudad iniciaron algunas diputas agresivas por su sustento.

—¿Qué vamos a hacer Bernat? ¿Qué va a ser de nosotros? —comentó Duoda. Ella sabía que la situación iba a peor.

—No lo sé —dudó, anonadado por la visión catastrófica que tenía enfrente—. Lo que sí sé es que debemos salir de esta ciudad lo antes posible, lo único importante es permanecer unidos. No queda otra alternativa que escondernos durante el asedio. Respecto a la comida, puedo destinar algunos mancosos para alimentarnos, pero preferiría gastarlos en los víveres y pertenencias que debemos llevar de regreso.

—¿De regreso...? —dijo Galcerán con gesto melancólico—. ¿Algún día volveremos a nuestra explotación agrícola de Ripoll? ¿No es más probable que el monasterio la asigne a otros campesinos al darse cuenta de nuestra ausencia?

—¿Cómo? ¿Eso puede ocurrir? —manifestó Duoda al oír las palabras de su hijo.

—Sí, puede suceder —respondió Bernat con sinceridad. A pesar de que la afirmación de su hijo era posible, esperaba que no se llevara a la práctica.

Hacia años que ya no ostentaban la titularidad de la propiedad, en concreto desde la refundación del monasterio de Santa María de Ripoll celebrada en el año del Señor de 977, desde entonces todas sus posesiones pasaron a ser legalmente del cenobio. La pérdida les propinó un varapalo tremendo del que tardaron muchos meses en recuperarse anímicamente. Para Bernat era extraño explotar esa propiedad sabiendo que ya no era suya. Durante los primeros días estuvo maldiciendo a los condes de Cerdaña y Besalú por facilitar al abad Guidiscle la usurpación de sus posesiones. La relación de la familia campesina con los monjes era tensa y difícil, ya que los religiosos solicitaban diversas exigencias que propiciaban abusos y tergiversaciones con el agricultor. A pesar de las dificultades era mejor ser un siervo que no poseer nada. Por otra parte, él obtuvo las propiedades en términos de potestad tras la aprisión efectuada años atrás. Durante décadas estuvo trabajando en ellas de sol a sol.

—¿Qué le pasará a Ponç, nuestro hijo?

—No es Ponç quien me preocupa en estos momentos —contestó Bernat—. Pase lo que pase, él seguirá formándose dentro de los muros del monasterio. Estoy convencido de que se convertirá en un buen monje, le ampara la protección del abad y del resto de la comunidad. Tenemos que cuidar de nosotros

mismos y conseguir alimentos con premura, si es necesario robar...

—¡Robar! ¡Eso es pecado! —exclamó incrédulo Galcerán, cuyo movimiento alocado de manos confirmaba su contrariedad, jamás caviló que su padre podría expresar una afirmación como esa.

—Sí, es pecado. ¿Y qué? ¿Qué harás cuando te falte comida que llevarte a la boca? ¿Dejarás de comer? ¡No lo entiendes hijo, prefiero pecar que morir hambriento!

Las noticias que llegaban por doquier no eran muy alentadoras. Algunos habitantes fueron conducidos hasta la playa bajo la responsabilidad del conde de Sinderet. Creían que era el único lugar libre de obstáculos y así tener más posibilidades de huir. Estaban equivocados porque los omeyas no solo arribaron por tierra sino también por mar. Una gran flota de navíos fondeó cerca de la costa y los soldados ya construían las catapultas sobre la arena. Al verlos, los cristianos no tuvieron otra opción que retroceder y regresar al centro del conflicto. Después de ofrecer las oportunas explicaciones al vizconde Udalard, el joven conde se percató de que se hallaban en un callejón sin salida.

* * *

Seguía lloviendo al anochecer. Bernat, Duoda y Galcerán todavía permanecían recostados en el mismo montón de rocas, al resguardo de la marea humana que rondaba las calles derruidas de la urbe. Los tres se abrazaban para entrar en calor, el frío que padecían penetraba hasta los huesos a causa del prolongado aguacero. Ella era quien estaba en peores condiciones, era evidente que su malestar empeoraba por el mal tiempo y por la presente incertidumbre. Los tres tenían la mirada

perdida, como si estuvieran ausentes de la realidad y esta fuese una pesadilla que aún no había finalizado. Sus rostros dibujaban una máscara de preocupación a raíz de los recuerdos vividos durante aquellas fatales jornadas, evocaciones que no habían acabado de aflorar.